

FORO: Trayectos y Territorios de Desempleo.

Sus efectos sobre los espacios regionales y locales.

Mar del Plata, 18 y 19 de marzo de 2005

<u>Introducción</u>	1
1-El comedor	7
2- Trayectorias sociolaborales de las entrevistadas.	9
2.1-Claudia: primer empleo	10
2.2- Betina: vuelta al trabajo	10
2.3- Colorada: desempleo	11
3- Características de la estrategia de supervivencia.....	11
3.1- Las estrategias de ingreso de las entrevistadas	12
3.2- Contexto de empleabilidad	13
3.3- La palabra trabajo en boca de las entrevistadas	15
4- ¿Qué valor le atribuyen a las tareas que realizan?	16
<u>Palabras finales</u>	18
Primera especificidad	19
Segunda especificidad	21
Bibliografía	27

Piqueteros: ¿Cómo sobreviven las marginadas?

Comedores comunitarios como estrategias de supervivencia: el caso del Centro de Actividades Comunitarias de La Boca.

Por Astor Massetti¹ y Manuela Parra²

“El trabajo en común, en equipo y con conciencia de que formaban una comunidad, era lo único que podía salvarlos.” (Verbitsky, 1957: 16)

Introducción

Uno de los desafíos más importantes a la hora de objetivar las prácticas de distribución comunitaria de alimentos es precisamente delimitar el enfoque teórico sobre el cual se ha de trabajar. Básicamente reconocemos cuatro ópticas o entradas posibles a este tema: La perspectiva de la “sociología de la vida cotidiana”, la de la fijación de estas prácticas a los fenómenos políticos, la de las “teorías del clientelismo político” y la de los análisis de “redes de intercambio”. Veamos sucintamente cómo podríamos trabajar desde cada una de estas ópticas.

Primero, se podría relacionar muy ampliamente con la sociología del consumo; y en especial sociologías de la alimentación o la comida. Lo interesante de ese enfoque, derivado de la sociología de la vida cotidiana (al estilo de Elías en su “El proceso de la civilización” o de Bourdieu en “La distinción” o Heller en su

¹ Docente e investigador de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA; candidato a doctor en Ciencias Sociales, UBA.

² Estudiante de Sociología, UBA.

“Sociología de la vida cotidiana”) sería en tal caso problematizar la idea de que uno de los componentes más importantes de la reproducción social de la vida (la comida), pueda hallar en nuestro país una necesaria forma de resolución colectiva. Miles de comedores escolares, comunitarios, eclesiásticos, municipales, etc. nos dan cuenta ya que el acto mismo de comer, lo que se come y como se prepara son objeto de una profunda re-ritualización; comparable al comedor fabril en el fordismo o a las estrategias de distribución de alimentos en los períodos de desastre (guerras, terremotos, etc.) Esta perspectiva nos permitiría avanzar hacia la forma en que se construyen las subjetividades hoy en día. Pudiendo preguntarnos: ¿Qué impacto tendrá a futuro que para gran cantidad de niños la única comida diaria sea consumida en la escuela? ¿Qué implica que para muchos adultos la única forma de acceder a la comida sea a través de comedor dado? Sin embargo, trabajar sobre este enfoque implica sortear problemas de registro muy grandes. En nuestro país casi no hay estadísticas sobre estas prácticas, las que las hay obedecen casi exclusivamente a criterios operativos de algunos de los organismos que financian estas actividades, y además, no son accesibles para los investigadores. Como apuntó Elías (1989): “No es posible entender la psicogénesis de los hábitos de los adultos en la sociedad civilizada, si se considera independientemente de la sociogénesis de nuestra “civilización””. Es decir para recorrer esta perspectiva, a tal escasez de información debería poder sumársele un rastreo histórico de estas prácticas, para que podamos entender el impacto subjetivo en términos de ruptura/continuidad. Este trabajo no aspira a tanto.

Por intermedio de algunos trabajos etnográficos (Forni, 2002; Manzano, 2003, Isla et Al, 2002) tenemos cierto registro de la actualidad de tales prácticas. La figura de la “olla popular” (que se pierde en el tiempo) se divulga en nuestro país con especial fuerza simultáneamente a la crisis hiperinflacionaria de finales de los 80’s. Especialmente notorias en 1989, estas prácticas parecen surgir espontáneamente en el corazón de los barrios más golpeados por la sucesiva suba de precios. En medio de una gran crisis institucional (que obligara al presidente Alfonsín a finalizar anticipadamente su mandato), los saqueos a los supermercados y las “ollas populares” se mostraron como una inusuales formas colectivas de responder a las necesidades coyunturales. Al punto que estos fenómenos son reconocidos por varios autores como uno de los primeros componentes que dan cuenta de una transformación en la forma de resolver la reproducción de la vida cotidiana de los sectores populares. Por ejemplo Merklen (2002b) describe un proceso de re-asociación en el cual las familias hallan en su barrio mecanismos organizativos que les permiten hacer frente a las necesidades primarias (lo que este autor llama “inscripción territorial” de la pobreza). Lo que en otro lado denominé “el ingreso barrial” (Masseti, 2005).

Sin embargo, el énfasis puesto en la formación de grupos u organizaciones comunitarias es lo que define a este enfoque. Y en especial (dada la importancia del tema) estos estudios han logrado un excelente registro de las tensiones políticas en torno a la distribución social del espacio urbano. Descuidándose quizás la perspectiva más “micro” de las prácticas.

Pero a decir verdad, pensar estas prácticas de acuerdo a la historicidad del desarrollo de las organizaciones comunitarias, estamos introduciendo otra óptica: la de las prácticas políticas. En nuestra actual tradición de estudios sobre el tema, esta dimensión política de las prácticas comunitarias está trabajada fundamentalmente desde la noción de “protesta social”; que es la forma actual de referirse a la más longeva cuestión de la “conflictividad social” (Masseti, 2004b). Este enfoque es de alguna manera inevitable de ser considerado. Porque en un lenguaje plano podemos decir que nuestro objeto es un comedor piquetero. Inscribiendo así el rango de fenómenos que atraviesan este estudio de caso en un amplio intersticio posible entre la supervivencia de las familias y la actividad política en general. Pero, ¿Debe ser éste hecho el que nos permita describir una especificidad en el objeto? ¿Referirnos a “comedores piqueteros” es necesariamente distinto a referirse a otro tipo de organización comunitaria? ¿Cómo se ponderará en este trabajo el peso específico de los fenómenos políticos?

La actividad “piquetera” es comúnmente considerada como una doble respuesta a la completa y compleja transformación de la sociedad argentina. Primero como respuesta a la llamada “crisis de reproducción social” (Salvia, 2003), poniendo énfasis en la dimensión económica de la misma. En donde la capacidad de manutención de los hogares se vio afectada por la profunda transformación en el mercado de trabajo, en especial a partir de los 90’s (privatizaciones, pérdida de puestos de trabajo, desregulación del marco legal del empleo, etc.). Que implicaría no solo el enorme crecimiento de los índices de desocupación, sino fundamentalmente un brutal crecimiento de la precarización laboral al tiempo de una regresión en la distribución del ingreso. Segundo, como reacción al quiebre del proceso de sociabilización que estas transformaciones del mercado laboral presuponen, si consideramos que el trabajo representa además una instancia inclusiva y psicosocialmente fundante.

La actividad “piquetera” a través de la acción de protesta (Tilly y Shorter, 1969) enfrentaría la fragilidad de la escasez de recursos que garantizan la reproducción de la vida cotidiana al reclamar esos recursos (planes, mercadería) al estado. Los actores políticos se constituyen en torno a esta dinámica: La lógica del “cazador” como la llama Merklen (2004). Estableciendo vínculos y momentos de confrontación y colaboración con los distintos estamentos gubernamentales y otras organizaciones políticas. Y al mismo tiempo ese reclamar y en ese reclamar se gestarían procesos de reconocimiento mutuo y de enfrentamiento al estigma del “no ser” (dado el carácter culturalmente negativo de las situaciones de pobreza o desocupación). Observándose dos niveles de “motivaciones” para la acción que pueden ser sintetizados como dimensiones “instrumental” o “expresiva”; y que se presuponen presentes en la génesis misma del fenómeno socio-político “piquetero”. (Merklen, 2004).

Es decir, la organización, esto es el fenómeno comunitario en sí mismo, se explica como radicado en dos centros causales que refieren a su vez a sendas ontologías implícitas (Masseti, 2004b). Las transformaciones estructurales estimulan ambos aspectos que se transforman a su vez en un polo de atracción para las personas en las mismas circunstancias.

En nuestra opinión, el pasaje lógico entre la descripción de un conjunto de transformaciones estructurales en la sociedad argentina y transformaciones en las estrategias de supervivencia familiares sigue siendo aún un punto débil en el paisaje de las ciencias sociales locales: ¿Cómo se politiza la supervivencia? ¿Es el “costado político de las prácticas” (Isla, 2003) un evidente reflejo tanto de la supervivencia de las personas estudiadas como de su inscripción en acciones de protesta? Este pasaje entre lo micro y lo macro adquiere en el caso de “piqueteros” la forma de cuatro hipótesis.

La primera alude a fenómenos de continuidad/ruptura en las prácticas políticas sindicales. Explica la emergencia de otro actor político (piqueteros) como el reciclado de viejos actores sindicales que transmiten su experiencia de lucha en un contexto de desocupación e incorporación de nuevos actores políticos: los líderes de las organizaciones barriales (Svampa y Pereyra, 2003). La mecha, el disparador que implica las privatizaciones y la desindustrialización, enciende la llama de conflictividad social entendida como acciones de protesta en respuesta a.

La segunda entiende que “piqueteros” es un fenómeno cuya especificidad debe buscarse en los procesos de urbanización en las grandes ciudades, en especial el Gran Buenos Aires. Como evolución de las trayectorias políticas de sectores progresistas de la iglesia católica; quienes generaran a partir de la década de los 80's un amplio fenómeno de ‘inscripción territorial’ de la pobreza a través de la lucha por el espacio urbano. En consonancia con el eslogan atribuido al fallecido Mario Bornio *el barrio es la nueva fábrica*, el asentamiento fue un inmenso caldo de cultivo de prácticas asociativas y políticas que son el antecedente (y la base social) del piqueterismo urbano (Merklen, 2004).

La tercer hipótesis inscribe un conjunto de acciones de protesta espacial y temporalmente dispersas como un mismo fenómeno político. Desde principios de los noventa en el interior del país como luego a partir del 2001 en el Gran Buenos Aires, un conjunto de respuestas sociales al proyecto neoliberal son entendidas como “dos olas” del mismo actor político: piqueteros (Schuster y Scribano, 2002).

La cuarta hipótesis entiende que “piqueteros” es un heterogéneo conjunto de actores políticos que adoptan conscientemente una forma de inscribirse en el espacio público aludiendo a ciertos símbolos ya presentes: la denominación piqueteros (instalada por los medios), palos, chalecos, vinchas, etc. Y que desarrollan y profundizan a partir de esta elección una estrategia de acumulación política cuyos lineamientos datan de principios de los 90's (Masseti, 2003; Massetti, 2004; Massetti, 2005). Desde esta última hipótesis la acción de protesta (aunque “instrumental”) y los fenómenos “expresivos” que supone, pueden ser diferenciados de las dinámicas políticas de las organizaciones. De esta manera, se contextualiza el impacto de las transformaciones estructurales de otra manera. No como una mecánica causal inherente a la constitución de actores políticos, sino como una contingencia a la que los actores dan respuesta.

Este trabajo se inclina por esta última perspectiva, porque permite partir de la base de que el fenómeno de politización que presupone piqueteros no es monolítico. Sino que por el contrario, las dinámicas organizacionales (procesos de tomas de decisiones, sucesión de los liderazgos, alianzas e ideologías) no son un hecho dado sino un proceso en el cual las personas involucradas procesan y negocian su significado (instrumental, expresiva e inconscientemente) constantemente. La enunciación “piqueteros” no alcanza para dar cuenta ni de la complejidad misma del fenómeno político ni para presuponer que las prácticas (en tanto que estrategia de supervivencia familiar) tienen un ‘costado político’ evidente y único. En tal caso, pueden ser observadas por separado la evolución de las organizaciones políticas y las prácticas cotidianas de sectores de la población que pueden ser, como se dice, su base de movilización. Sin que esto presuponga de por sí una coherencia absoluta. Es más complejo que esto. Como los mismos actores reconocen es *un proceso* de politización. Por el contrario (y a contramarcha de las expectativas tanto de izquierda como de derecha que saludan a las Economías Solidarias o Populares como el síntoma y/o camino para la transformación social) la posibilidad que permite pensar en los procesos organizacionales independientemente de los discursos de los actores es ampliar el rango de sentidos que son observables en estas prácticas colectivas de supervivencia.

En este trabajo la consecuencia operativa de esta óptica sobre las prácticas organizacionales de los grupos como el que estamos describiendo, es la de no transitar por el camino de las “teorías del clientelismo político”. Se omitirá buscar la relación entre las prácticas cotidianas de supervivencia de los actores estudiados en relación con las prácticas políticas de las organizaciones en los que éstas se incluyen. Se evitará transitar por la lógica de “votos por favores” (Auyero, 2002; Torres, 2002; Trotta, 2004), o apelar a la idea de que la distribución de recursos genere una necesaria y mecánica relación de reciprocidad de los beneficiarios. Por ejemplo se obviara la pregunta típica en estos estudios: “¿Por qué asisten a las marchas? Con la que se suele dar cuenta de una gran distancia entre los objetivos expresos organizacionales y las perspectivas de los actores. Este enfoque se omitirá no porque no se den dinámicas organizacionales (los procesos de incorporación de miembros, distribución de tareas, fijación y circulación de ideología, de sucesión de sus líderes, etc.), sino porque se parte de la premisa que precisamente una organización implica distintos niveles de participación, comprensión, compromiso. Las lógicas de los actores son efectivamente múltiples. Y la adscripción de un estudio de caso de un “comedor piquetero” a las teorías sobre el clientelismo político, pueden reducir esas lógicas a una única relación vectora que licúe tal diversidad: el recurso. Y que contraponga constantemente las prácticas efectivas con una versión idealizada o formal de lo que debería ser la vida institucional democrática.

En tal caso, este texto intenta partir de una pregunta lógicamente previa a la que es posible postular sobre la relación al interior de las organizaciones políticas. ¿Por qué se asocia la gente? ¿Qué es lo que lleva a que las personas intenten hacer frente colectivamente la satisfacción de sus necesidades? O como postulaba en otro texto (Masseti, 2005): ¿Que es lo que impulsa a las personas a desarrollar estrategias colectivas de supervivencia aún

exponiéndose a la disputa por los escasos recursos que nuestra sociedad provee para tal fin? ¿Por qué y como se imbrican e intersectan estas estrategias de supervivencia en las despreciadas prácticas clientelares? ¿Se acercan por necesidad y se ven envueltas en las corruptas prácticas clientelares?

De esta manera este trabajo se acerca bastante a la entrada antropológica tradicional: es un análisis sobre las llamadas “redes de intercambio” (Lomnitz, 1974). Para situarnos en la trayectoria de ese enfoque es un punto de partida interesante la idea de “sistema de prestaciones totales”; que ve la luz en 1924 bajo la pluma de Marcel Mauss, (sobrino y heredero intelectual de Emile Durkheim), en su conocida obra “El don”. El objetivo de ese texto fue el de mirar a la sociedad de su época (entreguerras) a través de los estudios de los etnógrafos coloniales para preguntarse: ¿Qué es lo que regula el intercambio en una sociedad? La respuesta de Mauss tiene dos importantes implicancias teóricas. Primero, otorga la posibilidad de reemplazar la idea de mercado tal como la concebía Adam Smith, centrada en una metafísica social en la que bienes y servicios dispersos en una sociedad dada tienden a un equilibrio autorregulado. Como también problematizar un corolario que se deriva de esta idea de mercado: la mera actividad económica es suficiente para regular el funcionamiento de una sociedad. O dicho en términos durkheimianos (y maussianos): el mercado garantiza el orden social. Y segundo, posibilita el reemplazo de una ontología social que deriva de esa noción de mercado: la idea misma de persona (Mauss, 1924^b). Que ya no es un individuo aislado sino un “ser social” (para ponerlo en términos de su contemporáneo Simmel).

Ambas implicancias teóricas se entienden bajo la lupa de la obra del propio Durkheim: la búsqueda de un “lazo social”, de un principio centripedo (Durkheim, [1895] 1968) de lo social. La búsqueda de un mecanismo o principio ordenador de las prácticas sociales que cierta corriente de pensamiento francés encuentra en la idea de “solidaridad”. Pero a diferencia de la dimensión formal que propone la versión contractualista (Rousseau, [1761]1985) en la que esa solidaridad, ese lazo social es un acuerdo tácito y atemporal entre los hombres, el desarrollo de la sociología francesa de fines del siglo XXI y principios del XX se vuelca hacia la búsqueda de esas situaciones que efectivizan o actualizan el lazo social en la cotidianidad de la vida humana. Durkheim lo encuentra principalmente en la división de tareas, de roles (tanto en la producción como en la vida familiar). Mauss lo encuentra en el acto mismo de intercambiar.

A lo que concierne a este trabajo, la centralidad de la idea de intercambio proviene de la capacidad de pensar la actividad de prestar un servicio alimentario como parte de un sistema de intercambios más amplio. Los componentes de este sistema de intercambio están usualmente encarnados en la figura del estado, de las organizaciones intermedias que canalizan y distribuyen los recursos y finalmente los beneficiarios de la prestación. La variación que se propone en este trabajo es no fijar la atención en los beneficiarios de la prestación sino en los prestadores, es decir, aquellas personas que realizan las tareas comunitarias. ¿Qué es lo que buscan y obtienen al dedicarse a elaborar la comida para sus vecinos? Es la pregunta

central de este trabajo. Las condiciones de posibilidad de esas tareas (y lo que comporta el componente estatal de este sistema) serán también atendidas en este trabajo. Pero nos cuidaremos de no exagerar en lo que concierne a la fabricación de entidades estáticas (estado-organizaciones comunitarias), omitiendo una visión preconfigurada de lo que es una organización comunitaria. Siguiendo en principio la observación de Levi-Strauss al respecto:

“Reglas e instituciones, estados y procesos, parecen flotar como en un vacío, en el cual se intenta afanosamente tender una red sutil de relaciones funcionales. El estudioso se absorbe enteramente en esta tarea. Y se olvidan los hombres en cuyo pensamiento se establecen estas relaciones, se descuida su cultura concreta, no se sabe ya de donde vienen ni lo que son.” (Lévi-Strauss, [1958] 1972:XXI)

En este trabajo toma nota de esta observación de Levi-Strauss en este sentido: no pretende ser una descripción formal de la institución comedor comunitario. En tal caso, y el éxito de este trabajo podría ser medido por esto, solo pretende dejar la sensación de que hemos estado allí. En la célebre fórmula de Geertz que nosotros hemos sido testigos [*I-Witnessing*] de un comedor. Recogiendo en el las interpretaciones de sus actores. La antropóloga Nancy Scheper-Hughes (1997) con mucha más sorna que Lévi-Strauss apuntaba que “los sociólogos a veces se olvidan que las personas hablan”. Aquí, la imagen risueña de pensar que nos olvidamos de olvidarnos no nos alienta a pensar que la subyacente disputa epistemológica que entraña esa observación pueda estar saldada. Ni que sea este texto el que se deba arrojar tal intención. En todo caso las voces están presentes y el desafío último es que esos diálogos continúen más allá de la situación de la entrevista, y se extiendan en la polifonía posible que propone un texto de índole académica.

Esas voces fueron grabadas en reiteradas sesiones in situ. Que fueron posibles gracias a una relación con estos actores que data de fines de agosto del 2002. Conversamos específicamente para este trabajo con 12 mujeres y 1 hombre que trabajan en un comedor comunitario del barrio de La Boca. Comedor que integra una red de redes de organizaciones comunitario-políticas conocida como Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat. metodologicamente, la tarea que aquí se aborda implicará un momento en el que la objetivación es descriptiva de las “prácticas” (Bourdieu, 1980) y del contexto institucional en el que estas están inscriptas. Y un momento de “descripción densa” (Geertz, [1973]1995), en el que se intentará una sociología de “segundo grado” (Corcuff, 1998): componer con los sentidos propios del “mundo de la vida” (Schutz, 1967) ese otro relato propio del mundo de la ciencia.

1-El comedor

El comedor se encuentra en el barrio de la Boca, a unas pocas cuadras de Caminito y de la cancha de Boca. Situado en el eje comercial del barrio, la calle en la que se ubica el comedor está poblada de pequeños comercios, almacenes y bares viejos, el centenario Mercado de la Boca y la iglesia San Juan el Evangelista. Visualmente impactan la superposición de colores y

materiales que hacen a la identidad del barrio: chapa, madera, hierro, puertas antiguas, rejas torcidas y curiosas ventanas.

El comedor está emplazado en una construcción cuya estructura responde a la típica edificación de *conventillo*, donde diferentes casas aparecen comunicadas por un patio central. Allí funciona el *Centro de Actividades Sociales (CAS)*. El CAS forma parte de una red de organizaciones sociales de la zona, que a su vez integran desde mediados del 2002 la *Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV)*, que forma parte de la *Central de los Trabajadores Argentinos (CTA)*. El CAS comparte con las otras organizaciones de la Boca, una larga tradición de luchas por el espacio urbano, que se remonta a principios de los noventa con la toma de las ex Bodegas Giol en Palermo. En la actualidad esta red de organizaciones desarrollan múltiples actividades relacionadas con la producción (fábrica textil, carpintería, imprenta, producción de alimentos), la vivienda (en coordinación con la *Comisión Municipal de la Vivienda, CMV*) y prestaciones alimentarias.

En el caso del CAS la prestación alimentaria adquiere algunas variaciones al formato “comedor comunitario”. Mientras que estos se suelen considerar a aquellos servicios de comida que se dan *in situ*, en el CAS pocas personas son las que comen allí. La actividad principal se realiza en un patio cubierto. En el patio no hay demasiado espacio, hay una mesa rectangular de madera, no muy grande, algunos bancos y sillas. Allí la gente se sienta a comer, a conversar y tomar mates, o se reúne en asambleas. A un costado, bajo una de las escaleras, hay una pequeña cocina, donde cabe apenas una cocina grande y una mesada de unos dos metros sobre la pared lateral derecha. Nunca trabajan allí más de dos personas juntas, porque no cabrían. Las verduras y la carne se cortan en unas mesitas que se colocan en diagonal al lado de la puerta de esta cocina, formando una especie de mesada alargada y angosta. Hay un lavatorio a la vuelta de la cocina, contra una pared exterior. Dado que el espacio disponible es reducido, y la cantidad de beneficiarios es creciente, el servicio consiste en preparar la comida para que luego cada familia la retire. Esta modalidad es resistida por los alguno de los organismos que financian las dietas del comedor, arguyendo razones de seguridad alimentaria. Para el CAS por el contrario representa una ventaja permitir que las personas puedan comer en su propia casa.

En el CAS se prepara el almuerzo para unas 250 personas y la merienda para unos 50 chicos. En total trabajan en el comedor 20 personas. (...) *gente que tiene planes hace la contraprestación acá, ayudando en el comedor y merendero*. No todos trabajan de lunes a viernes. Se organizan en turnos de 4 horas diarias, rotando las personas que colabora en las distintas tareas (cocina y limpieza), trabajando uno o dos días a la semana.

Las actividades de este comedor se inscriben por supuesto bajo el paraguas de la asistencia social de agencias gubernamentales nacionales o de la ciudad de Buenos Aires. De esta manera, la actividad esta financiada tanto para lo que se refiere a mano de obra como a insumos y equipamiento. Mientras que la infraestructura (el lugar donde se realizan las actividades) es la casa particular de uno de los miembros del CAS. Lo interesante de este caso es que la

adscripción a este tipo de políticas públicas es verdaderamente muy extensa y compleja.

Respecto a insumos (mercadería) y equipamiento, el CAS recibe varias fuentes nacionales y municipales. Por ejemplo, son beneficiarios del subsidio del Banco Mundial "FOPAR" equivalente a 60 dietas diarias. A su vez, la municipalidad financia otras 50 dietas diarias a través del programa destinado a Grupos Comunitarios de la secretaría de promoción social. Al mismo tiempo, los vínculos del CAS con la FTV, permite que reciban mercadería que ésta última organización consigue en negociación con el gobierno de la provincia de Buenos Aires y el estado nacional, financiándose así otras 140 dietas. La compra de una heladera, un freezer, una cocina, la pintura del lugar fueron financiados por un plan "Manos a la obra" del ministerio de desarrollo social de la nación.

Respecto a la mano de obra, por ejemplo, los prestadores del servicio de comida pueden ser beneficiarios del "Plan Jefes y Jefas de Hogar" de índole nacional, recibiendo \$150 mensuales con la obligación de contraprestar cuatro horas diarias de trabajo en el CAS; pueden ser beneficiarios del también nacional "PEC" o del municipal "Programa Autoempleo" (cobrando \$200 mensuales con contraprestación también de 4 hs. obligatorias). Pero también las familias beneficiarias del servicio alimentario reciben un subsidio municipal llamado "Bono Ciudad", que consiste en una suma de \$37 por integrante del grupo familiar, que puede ser canjeada por alimentos o mercadería en determinados comercios. Este "Bono Ciudad" lo reciben directamente las familias, pero la negociación política que permitió su distribución en la zona también estuvo relacionada con el CAS. De esta manera los trabajadores a cambio reciben un plan, la comida del día y vales para comprar alimentos

2- Trayectorias sociolaborales de las entrevistadas.

Uno de los primeros datos que sobresalen cuando nos aproximamos a este comedor comunitario, es la fuerte presencia de las mujeres. Aunque se observa una minoría de hombres, su rol es secundario o complementario de las tareas del comedor. En este caso en particular, solo un hombre apareció en el grupo de entrevistados. Todas las personas llegan al trabajo en el comedor por invitación de algún conocido que ya está trabajando allí, o por invitación de las propias organizadoras.

Encontramos en este grupo dos segmentos etarios diferenciados. Uno que promedia los 50 años y otro que ronda los 25. La relación de parentesco en estos grupos explica tal segmentación, ya que las últimas son hijas de las primeras.

Del grupo de mujeres de más edad salvo un caso son todas oriundas tanto del interior del país como de países limítrofes. La migración y su llegada a la boca se remonta a la segunda mitad de los 70's, en donde las entrevistadas rondaban los 20 o menos años. En algunos casos, algún miembro de su familia (hermanos, padres, etc.) las habían precedido. En estos casos, fue en Buenos

Aires donde constituyeron familia, o aún cuando trajeran consigo un hijo menor de edad, la migración se produjo sin una pareja.

2.1-Claudia: primer empleo

Todas las entrevistadas tienen una historia laboral asociada a tareas de baja calificación. Las que al llegar a Buenos Aires encontraban ya a la familia con empleos estables, no necesitaron volcarse inmediatamente al trabajo. Claudia vino de Catamarca a los 17 años. Nos cuenta: *me vine para acá porque estaban mis hermanas, me malcría{ban}, sí, porque ella{s} me daba{ban}, todos los gustos*. Tal es así que para Claudia el trabajo en el comedor fue su primer empleo a los 47 años. Claudia se casó joven con un marinero; y se volcó totalmente a la vida familiar. Pero ahora, con sus hijos grandes (once hijos) y su marido en edad de jubilarse y sin continuidad laboral (*ya no hay barco, no hay nada, así que no hay trabajo acá*), Claudia encontró en el comedor su primera experiencia laboral. El comienzo fue duro para ella porque se sentía que no sabía hacer nada. Nos cuenta:

Claudia: *Si, no, no, empecé a trabajar acá, yo cuando empecé yo decía “no Tati {en alusión a una de las organizadoras del lugar}, no, yo les cebo mate todo lo que quieran pero yo no me atrevo a hacer algo”*.

La “situación de sentirse empleada” fue tensionante para ella, pero poco a poco fue animándose y ahora es una de las cocineras del comedor. Claudia participa en el comedor desde hace cuatro años; su jornada es de ocho de la mañana a seis de la tarde, de lunes a viernes. Y es beneficiaria de un Plan Jefas y Jefes de Hogar. Estas cantidad de horas que pasa en el comedor, fuera de casa, fueron objeto de una negociación en el seno de la familia. Claudia nos cuenta:

Claudia: *Bueno, al principio, cuando recién empecé {mi marido} no quería saber nada.*

Entrevistador: ¿Por qué no quería saber nada al principio?

Claudia: *Y bueno, porque por ejemplo él, navegaba, ¿viste? y quería encontrar a la mujer... Y después, tu trabajo es tu trabajo, mi trabajo es mi trabajo. Y listo. Y bueno... hasta que dice, “bueno, todos, todos los hijos vamos a apoyar a tu madre en lo que está haciendo, me parece bien”*

2.2- Betina: vuelta al trabajo

Betina llegó de Chile a la Boca a los 27 años en 1975 con una hija de tres meses de edad. Rápidamente encontró trabajo en una tintorería industrial que además le permitió vivir allí. Trabajó 17 años allí hasta que: *renuncié porque después me casé, y bueno, me casé y después me fui, una zona, ¿no? {se ríe} pero...renuncie*. En 1992 la contratan por seis meses como operaria en la fábrica Gillette. Le renuevan el contrato por otros seis meses y luego no la vuelven a contratar. Trabaja otros seis meses en una fábrica de plásticos (Taperware) y a partir, a los 46 años, comienza a trabajar por horas

ocasionalmente como empleada doméstica. En la relación con su marido, policía federal, el tema del trabajo fue fuente de conflictos:

Betina: *a él nunca le gustó que yo trabajara, pero yo igual trabajaba porque antes, como yo tenía mi hija que no era de él, era mía... después bueno, tuvimos un varón...Entonces no quería que trabaje... pero ahora ya no me dice nada. Lo curé. {risas}*

Esta tensión duró desde que nació su segundo hijo (1989) hasta 1992/3 cuando finalmente la falta de ofertas laborales y la insistencia de su marido hacen que abandone el mercado de trabajo. En el 2000 comienza a trabajar en el comedor, haciendo 8 horas diarias de lunes a viernes, como cocinera. Cobrando un Plan.

2.3- Colorada: desempleo

La Colorada tiene 37 años, vino de Paraguay a los 19 años en búsqueda de trabajo, en el año 86, siguiendo a sus hermanos mayores. Su familia en Paraguay es comerciante, y ella se desempeñó aquí trabajando siempre en comercios. Consiguió empleo en una panadería donde conoció a su marido, con quien tiene dos hijos, de 15 y 18 años. Nunca dejó de trabajar: *Yo siempre trabajé, desde que fui soltera, yo siempre me manejé yo con mi plata y él con su plata.*

En 1997, su marido (maestro panadero) queda desocupado por el cierre de la confitería donde trabajaba, con ahorros pusieron juntos un negocio Todo por 2 pesos que quebró en el 2001. Desde entonces busca trabajo. Llegó al comedor hace dos años, trabaja cuatro horas diarias, recibe un Plan. Su marido hace changas y también cobra un Plan Jefes y Jefas de Hogar.

3- Características de la estrategia de supervivencia

En este apartado vamos a describir alguna de las principales características de la tarea comunitaria del tipo comedor comunitario en tanto componente de la forma en la que las entrevistadas contribuyen a la reproducción familiar. La idea de “estrategia de supervivencia familiar” es utilizada por Bourdieu en su “El Sentido Práctico” (1980) para explicar la forma en que los casamientos inflúan en la mejora de la posición y capacidades de un grupo de resolver sus necesidades materiales y simbólicas. Aquí se utiliza esta noción de un modo más amplio; como forma de aludir a aquellas prácticas que se realizan regularmente en pos de garantizar la reproducción familiar. Pero la diferencia sustancial entre el enfoque bourdiano y el que se propone aquí es del orden metodológico. Aunque se reflexionará mas extensamente sobre los alcances de la metodología aquí aplicada en el cierre de este artículo, es importante aclarar que este no es un estudio de las “estructuras familiares”. Por el contrario, es un estudio que bucea entre las percepciones individuales que las entrevistadas hacen de la tarea que desarrollan. Buscando realizar a partir de ellas una reflexión sociológica sobre una forma colectiva de resolución al problema social de la reproducción de la vida cotidiana.

Para complementar la perspectiva individual de las entrevistadas en este apartado se incluyó una mirada fenoménica sobre las tareas comunitarias en sí. Incorporando algunos elementos que permitan enmarcar la actividad de este comedor puntual en una más amplia forma social de distribución de recursos. De esta manera fijaremos primero la atención en la forma en que los recursos que provee el comedor son administrados por las entrevistadas. Esto es, avanzar hacia una descripción de la forma en la que las entrevistadas componen su ingreso a través de la “estrategia” de participación en el comedor. En un segundo momento, observaremos el contexto en el que se produce esta potencial composición del ingreso de las entrevistadas. En donde reflexionaremos sobre la forma en la que socialmente se “producen” comedores comunitarios.

3.1- Las estrategias de ingreso de las entrevistadas

¿Cómo se sobrevive sin un único ingreso suficiente para cubrir todas las necesidades familiares? Como se dijo en el apartado genérico sobre el comedor, las entrevistadas reciben tres tipos de “beneficios” por la tarea realizada: uno en dinero (plan o subsidio) otro en mercadería (bonos ciudad o bolsones de alimentos) y finalmente otro en raciones de comida elaborada que ellas mismas retiran del comedor para sus familias (son trabajadoras y beneficiarias del mismo). Un conjunto de pequeñas retribuciones son características de esta estrategia de supervivencia: *Siempre te arreglás, un puchito de aquí otro de allá.*

Este conjunto de retribuciones suele ser inconstante, irregular. Hay períodos en los cuales, por ejemplo, se reciben cantidades extraordinarias de mercadería (un caso típico es para la fecha de las fiestas de fin de año). En otros períodos, la cantidad merma. El comedor como oportunidad de ingresos para sus integrantes (como para sus “beneficiarios”) es muy sensible a los contextos políticos y fiscales. En el próximo apartado trabajaremos este punto en particular. Lo que se quiere esbozar aquí es que la característica central del comedor como una forma de adquirir recursos mantiene a sus trabajadoras en un umbral mínimo de subsistencia. Una de las entrevistadas nos dijo:

Elvira: *“te ayuda, tema de comida, por ejemplo, está bien, vos cobrás tu plan y bueno, sabés que tenés que pagar la luz , que tenés que pagar...son pequeñas cosas, pero te ayuda”.*

En el estado de necesidad que implica la escasez de fuentes de ingreso y sus niveles reales, este tipo de conjunto de retribuciones es sin embargo muy importante y constituye la clave de la supervivencia para innumerables familias:

Ana: *“La ayuda esta es bastante grande, por lo menos para nosotros es bastante grande, nos alivia mucho. Y la comida cuesta hoy en día. Hasta un plato de sopa te cuesta...”*

Esta retribución por supuesto no llega a cubrir todas las necesidades del grupo familiar de las entrevistadas, *porque con ciento cincuenta pesos nadie vive.* Y en términos de estrategia de supervivencia este tipo de ingresos se

complementa familiarmente con otros provenientes de las ocasionales changas de las entrevistadas, o de trabajos o subsidios de otros miembros de la familia. Pero la retribución, aunque sea lo primero que resalta cuando se suele pensar en trabajos comunitarios no es el único componente que nos permitiría pensarlos como una forma de trabajo contemporánea. La palabra trabajo es sin lugar a dudas una de las más cargadas de sentidos en la vida cotidiana de cada persona, e intentar una definición nos llevaría seguramente a reconstruir gran parte de la historia del siglo XX. Una perspectiva filosófica muy conocida es la que postulara Hanna Arendt en su "La Condición Humana", en la cual entiende que el trabajo, el hacer, es constitutivo del hombre moderno; que la autora entiende en sí como "homo faber". El trabajo entendido en su forma clásica del siglo XX (asociado al estado de bienestar, trabajo protegido, legislado, en cadenas de producción fordista) es prácticamente, en términos de Ulrich Beck (2001), una "categoría zombi" en el grupo estudiado: un componente presente culturalmente pero cada vez más alejado de la cotidianidad.

Esto nos lleva a preguntarnos sobre lo que podríamos llamar el "contexto de empleabilidad" que ofrece el comedor. Es decir, pensar sobre la forma en que socialmente se generan estas oportunidades de ingreso para las entrevistadas.

3.2- Contexto de empleabilidad

Mantener la categoría de trabajo como ordenadora del análisis supone (correctamente) que las familias requieren para su reproducción ciertos ingresos que deben generar a través del intercambio de su fuerza de trabajo por dinero o incluso equivalentes. Y en este sentido, el del intercambio de fuerza de trabajo por dinero, es posible relacionar estas tareas comunitarias con un sistema de reproducción social. En el cual uno o varios miembros de una familia son un componente y el estado es otro (el "comprador" de la fuerza de trabajo). Es decir, por un tipo de relación que el estado nacional, provincial o municipal establece con su población. Por supuesto que el tipo de relación que se establece a través de este tipo de políticas públicas excede ampliamente un enfoque centrado en roles típicos de empleador y empleado. O como postula Grassi: "en sentido general, la política social no es otra cosa que la forma política (es decir, "estatalizada") de la cuestión social" (Grassi, 2004).

Esta forma de "estatizar" la cuestión social (para seguir el léxico de esta autora) tiene una historicidad que conviene al menos mencionar brevemente: si bien puede rastrearse hasta principios de la década del '30 (con los primeros programas de Copa de Leche), su gran expansión y sistematización, diversificación y superposición, forman parte del viraje neoliberal en la concepción del estado. Viraje sintetizable como un cambio en el papel del estado, y por ende su forma de "estatizar" la cuestión social. Caracterizado por el paulatino abandono del modelo del estado benefactor (Rosanvallon, 1995; Castel, 1997). Y en especial con el abandono de su concepción de políticas públicas "universales" y su reemplazo por un modelo de política pública a "cuenta gotas": pequeños "parches" que serían puestos en donde se produjeran los mayores daños de la transformación estructural (Trotta, 2003). Esto es, la idea de "focalización" de las políticas públicas. En la Argentina

contemporánea esta transformación de la política pública comienza con el Plan Alimentario Nacional (PAN) en 1985 y continua con su posterior reemplazo por diversos subsidios monetarios (más focalizados aún). Estatización espasmódica de la cuestión social (la lógica de la “ambulancia”) para hacer frente a, por ejemplo, los saqueos que coronaron la hiperinflación de 1989 y el cambio anticipado de gobierno, y posteriormente las crisis políticas del interior del país (Cutral-Co 96 y Mosconi 97, para citar algunas) a mediados de los 90’s (Trotta, 2003, Massetti, 2005, Torres, 2001, Auyero, 2002). Dicho de manera más sencilla: “El objetivo de la política social pasó a ser el de administrar la situación de pobreza focalizando en los bolsones más pobres entre los pobres.” (Guimenez, 2004).

En un sentido muy importante, considerar al estado como “empleador” es forzar la lógica de esta “estatización” de la cuestión social vista en perspectiva histórica. Una análisis de la amplia variedad de planes sociales que se generaron especialmente durante los noventa, nos permitiría dar cuenta que en su gran mayoría no estuvieron orientados a establecer una relación laboral con el estado, no fueron eficientes en incentivar la empleabilidad privada, ni han logrado revertir siquiera parcialmente la degradación de las condiciones de empleo. Por el contrario, han generado una mayor precarización laboral. Un caso a mencionar son los subsidios directos o indirectos a empresas privadas a través de los cuales el estado financia una parte del costo laboral por un período de tiempo (pagando al beneficiario a través del subsidio una parte del salario, beneficiando impositivamente a las empresas o subsidiando a los empleadores). Este tipo de estrategias han generado múltiples situaciones especulativas (en todas las partes) generando un empleo de baja remuneración y sumamente inestable. Posiblemente la gran salvedad en este tipo de planes son alguno de los “Programa de Emergencia Laboral” (PEL). En algunos casos, los gobiernos municipales otorgan un subsidio de \$500 por seis meses renovable para integran a determinados trabajadores a sus plantas laborales (con una carga horaria de 30 hs semanales). Decimos la gran excepción porque a precios de mercado es este el mejor plan disponible e implica (a veces claro) una real inserción laboral. Aunque exenta de las cargas y responsabilidad fiscal de rigor (son trabajos, en definitiva, en negro y por afuera de la compleja trama de categorías y regímenes contractuales característicos del empleo estatal).

Antes de pensar al estado como “empleador” cabe recalcar que, como se decía más arriba, la transformación del rol del estado arrasó al mismo tiempo (y casi como consecuencia natural) con las condiciones de empleabilidad que fueran características del mercado laboral argentino. Las regulaciones legales del empleo, las protecciones arancelarias a la producción local, la indiferencia sobre el control del precio de la fuerza de trabajo, la destrucción de la empresa pública son causales directos en la precarización de la fuerza laboral y a la postre, una resignificación de la palabra misma de trabajo. ¿Qué significa trabajo en la Argentina actual con un 70% de su fuerza laboral en “negro”? Esta nueva realidad sociolaboral impacta ampliamente sobre las condiciones de reproducción de las familias argentinas. Y es disparatado pensar que esta forma de estatizar la cuestión social (los planes sociales) produzca efectos

contrarios. Guimenez quien trabaja sobre el impacto de los planes sociales concluye al respecto:

“la instalación de la precariedad como un estado natural asociado a condiciones flexibles de trabajo, polivalencia, trabajo en negro y bajos salarios, ha calado profundo. Y esta percepción es producida y reproducida sin cuestionamientos, ni interrogantes acerca del proceso social que condujo a tal estado de cosas. La pregunta de cuál sería un trabajo ideal, o qué condiciones de trabajo no se aceptarían, encontró uniformidad de respuestas en todos los entrevistados sin distinción de edad. Ninguno de los hombres y mujeres con que hablamos, opondría resistencia, ni ningún tipo de condiciones, referidas a cantidad de horas, salario, seguridad social y medioambiente de trabajo. Esto quiere decir que las personas a quienes entrevistamos, están dispuestos a establecer relaciones de trabajo totalmente desventajosas para ellos.”(Guimenez, 2004)

3.3- La palabra trabajo en boca de las entrevistadas

En tal contexto de empleabilidad, prácticamente cualquier cosa podría ser “trabajo”. De hecho, formulada esta pregunta a las entrevistadas (¿consideras esto como un trabajo?) implicó de alguna manera forzar su percepción cotidiana para adecuarla a un marco teórico; en donde era necesario incluir las tareas comunitarias como una forma de trabajo. Para nosotros en un primer momento queda claro que cuando las entrevistadas eligen la palabra trabajo para denominar las tareas que las entrevistadas están desarrollando, es un proceso consciente en ellas que opera discursivamente. En las entrevistas nos encontramos constantemente con fragmentos de discurso que a las claras dan cuenta de la condición política propiamente dicha de la “organización de la experiencia cotidiana”. Fabricaciones: “el esfuerzo intencional de uno o más individuos por manejar una actividad de manera tal que uno o más otros puedan ser inducidos a tener una creencia sobre lo que está pasando”(Goffman,1974:83). Que se ponen en juego para “compartir” una visión homogeneizante de la cotidianidad. Los discursos colectivos forman parte de la constitución de sentidos que los propios actores realizan al entenderse como sujetos. La repetición de ciertas frases, determinadas líneas argumentales, nos fueron mostrando que en algunos actores se tiene una firme conciencia de su posición en el campo de la negociación de sentidos y de nuestra posición en tanto que académicos. Apareciendo frases al estilo de *yo lo tomé como un trabajo*, o *para mí es como un trabajo*. Una de las entrevistadas dijo:

“Mirá, yo lo tomé como un trabajo, una responsabilidad que tengo que venir todos los días, porque la gente tiene que llevar la comida todos los días, lo tomé como una responsabilidad de un trabajo.”

Como concluyen otros autores que trabajaron sobre actores muy parecidos:

“La condición de ser beneficiarios de planes de asistencia estatal, que constituyen el principal ingreso familiar, supone la dificultad de encontrar definiciones del sí mismo que asuman la función de estructuradores de la vida

cotidiana. Asumir una auto-definición que articule rasgos identitarios es ardua en un contexto de precarización de los ejes ordenadores de la vida en la que los sujetos han construido sus representaciones de lo que es deseable para sí mismos.(...) Los planes sociales, el “trabajo” de los entrevistados, no logran crear mojonos de sentido en que los individuos se apoyen para reconstruir una vida cotidiana en términos de “normalidad”.” (Donatello et Al, 2005)

En este punto es interesante preguntarnos nuevamente: ¿Entonces cómo se produce la construcción de sentidos en torno a la actividad? Y nuevamente debemos observar las características específicas de esta “estatización de la cuestión social”. Una central es la situación de “obligatoriedad” de la tarea en función de los requisitos formales que impone, por ejemplo, el subsidio Jefes y Jefas de Hogar o el Plan Autoempleo: la “contraprestación”. ¿Es esa obligatoriedad un componente que transforma la tarea comunitaria en un “trabajo”?

4- *¿Qué valor le atribuyen a las tareas que realizan?*

“El mundo práctico” escribió Bourdieu “es un mundo de fines ya realizados” (Bourdieu, [1980] 1991:93). El tenor de las políticas públicas está presente en cada recorte que se haga de esa relación de “estaticidad” de la cuestión social. En principio, esa obligatoriedad solo opera formalmente sobre una cantidad de horas/hombre diarias (cuatro horas) y no sobre una tarea concreta. La tarea por el contrario la controla, regula y establece la organización que administre los planes³. Esto es (para el caso del Plan Jefas y Jefes de Hogar, el más difundido) el beneficiario debe hacer algo por cuatro horas diarias. El cumplimiento de la cantidad de horas sería entonces lo único parecido a un “job description” en este tipo de tareas. Cosa que opera también como semántica de la palabra trabajo en este contexto:

“para mí es como un trabajo, porque dentro de todo, cuatro horas es como ir a limpiar cuatro horas en una oficina, viste, pero nada más que es muy diferente.”

¿Muy diferente? ¿En qué reside la diferencia? Para nosotros la diferencia obvia no es otra que las llamadas “relaciones sociales de producción” desde cierto marxismo, o si se prefiere, las relaciones laborales en si mismas: cómo se articulan estos grupos humanos. *Donde somos todos compañeros, se hace todo, viste, en grupo.* Una entrevistada fue muy clara a este respecto:

³ Si bien, por ejemplo, los planes Jefas y Jefes de Hogar están diseñados como un subsidio que el estado nacional otorga directamente a determinados ciudadanos, su implementación, desde el comienzo, dependió de organizaciones gubernamentales (municipios), políticas (partidos), sociales (ONG's) e incluso religiosas que actuaran como administraciones intermediarias. En el caso de “piqueteros” (que es un “leading case” ya que grupos que se pueden considerar como tales –por algunos autores al menos- fueron los destinatarios de los primeros Plan Trabajar I), las organizaciones políticas han sabido negociar un “cupó” (una cantidad de planes sociales) que pueden otorgar discrecionalmente por supuesto. Este aspecto está trabajado para el caso del Plan Arraigo en la tesis de maestría “Las metamorfosis del clientelismo político” de Miguel Trotta. (Trotta, 2003).

Edna: “[...] hay estas cosas que da el gobierno y aunque no esté trabajando bajo dependencia con un patrón estrictamente, te sentís bien, porque es como si fuera la familia, estás haciendo algo, estás trabajando cómodamente...”

Diferencia que si bien es obvia es importante leerla desde la intensidad que esas relaciones sociales le aportan a la percepción misma de la tarea. Es decir, aquello que las entrevistadas entienden que es un valor positivo para ellas; aquello que para las entrevistadas es el principal aporte que esta tarea les da como individuos. El principal sentido subjetivo de la tarea esta puesto en el papel psicosocial que cumplen en la vida de cada entrevistada. *Es como una... como una terapia* como lo definió una entrevistada. *Desahoga un poco los nervios* como lo hizo otra.

Este elemento supera ampliamente la dimensión instrumental de las prácticas de supervivencia, en la cual la búsqueda (racional) de la retribución estaría en primer plano. Una dimensión psicosocial que se nutre de múltiples trayectorias individuales. La necesidad se complejiza con otros elementos que reflejan las historias de las entrevistadas. La soledad, el aburrimiento, la necesidad de sentirse útil o de sentirse parte de un grupo son componentes presentes en estas historias.

Carlos: “Y mucha amistad, mucho cariño, el cariño de la gente... capaz que allá donde vivo yo la gente no... no tengo la amistad que tengo acá, viste, acá conocí mucha gente, yo con la única que me comparto es con la familia de la señora, la..., la gorda. Yo todo el día a la tarde voy, estoy en la casa de ella, los domingos a veces voy a algún cumpleaños que se hace ahí, porque después viste, no...”

Entrevistador: “Porque vivís solo.”

Carlos: “Claro, y acá viste, conocí gente y eso me ayudó bastante, muchas veces... o sea... entrando acá me olvido de los problemas, yo a veces tengo problemas con la nena, que no, no me manda... mi señora no me manda la nena, la voy a buscar y no me la da y... a veces me pongo loco, viste, y vengo acá y todo eso no... los problemas que uno tiene, viste, acá los olvidás”.

Otro caso es el de Edna:

Edna: “yo me quedo quieta y me quedo encerrada en mi casa y me aburro y pienso muchas cosas...feas, pienso cualquier cosa, Si salgo así, yo, no me pasa, no me acuerdo... Camino mucho porque me gusta caminar.. Me hace bien y me gusta a mí estar...hablar...conversar...estar contenta... acá yo me siento como...¡hacé de cuenta que es mi familia! Me siento bien, por eso me quedo, me quedo acá todo el tiempo y después me voy.

En estas historias no es el tema de la desocupación el central, sino situaciones personales. Sin embargo también aparece el tema de la desocupación como central para interpretar el lugar que ocupa esta actividad en la vida de las entrevistadas, como en el caso de Marta:

Marta: *“Lo que pasa es que al no haber trabajo, o tener una edad, es como yo digo, una persona de cuarenta y cinco años... ¡no servimos más entonces! A pesar de que tenemos más experiencia de todo, pero aparentemente para las empresas no servimos más, entonces el por qué nadie te lo puede explicar, nadie te da explicaciones del por qué. Entonces desgraciadamente qué hay que hacer, bueno, se abre un comedor, y si se lleva la gente bien, y se trabaja bien, tiene que andar, aunque sea para de ahí sacar una fuente de trabajo más o menos para poder ayudar a la gente también, a pesar de que uno se ayuda a sí mismo, ayudar a la gente.”*

Esta dimensión psicosocial configura el espacio de relaciones al punto que surge algo así como una “disciplina laboral”, una expectativa que los actores ponen en relación a la forma en la que se debe realizar la tarea. Ya que como en todo trabajo, siempre vas a ver que uno hace las cosas y...los otros mirando arriba, ¿viste? La ausencia de la figura de un “jefe”, lo abstracto de la obligatoriedad (a la postre imposible de punir el caso de ausencia de contraprestación) no evita que el grupo constituya normas de comportamiento que organicen la experiencia cotidiana del trabajo comunitario. Se observa una “ética” del trabajo comunitario: *“el tema es que la gente trabaje, no cobrar un plan, viste, y no trabajar, el tema es cobrar un plan pero por lo menos ganate los ciento cincuenta pesos. Venís cuatro horas, ocho horas, no sé, lo que te toque , pero vení y cumplí, en eso yo estoy de acuerdo, a mí no me gusta...”*

Como lo explica Ines:

Ines: *“Sí si. Porque ponele que hoy a vos te tocaba venir a laburar ¿no? Y vos viniste pero... a quedarte sentada... Eso a nosotros no nos sirve, porque si vos venís y estás cobrando el plan, lo mínimo, vení y hace algo, claro, aunque sea, no se, eee, hacé como que vas y lavás un plato, algo, pero de repente hay gente que necesitan el plan y no, no lo tienen, y el que lo tiene no lo sabe aprovechar, entonces se habla, se hace un junta, y en esa junta se dice quién participa y quién no, y el que no participa o el que está cobrando hace más de dos años, porque hay gente que cobra desde hace más de dos años y no viene, no se presenta ni siquiera cuatro horas por mes, entonces qué se hace, que se habla, y...se baja el plan, para la gente que en verdad lo necesita.”*

Estar, cumplir con el horario es uno de los pilares de esa ética grupal. Incluso al costo de *hacer que se hace algo*. Algunas entrevistadas expresaron con orgullo su cumplimiento a esta norma grupal:

Carolina: *“¡Y yo, no sabés!! No, nunca falto yo”.*

Flavia: *“no vengo un día y... yo por más enferma que esté yo me vengo, yo me vengo porque es algo que ya lo llevas acá {se señala el pecho} viste.”*

Palabras finales

Cuando nos referimos a las trayectorias sociolaborales de las entrevistadas nos permitimos presentar tan solo tres relatos sobre nuestras entrevistadas porque a través de ellos nos fue posible resumir las múltiples trayectorias sociolaborales posibles a tan solo tres sencillas tipologías. Por supuesto que

esta reducción solo es útil en los términos de esta exposición. No se pretende así generalizar estas trayectorias como regla, como lo que se va a encontrar indefectiblemente en todos y cada uno de los comedores comunitarios. Son tipologías. Pero veamos en que se fundan y en que pueden ser útiles.

Estas tipologías contienen dos dimensiones centrales. La primera es la relación de las entrevistadas con el mercado laboral. Y la segunda la forma en que las entrevistadas relacionan su actualidad laboral con el marco mas amplio de su historia personal en general (específicamente, su experiencia migratoria y familiar). Las tres tipologías se diferencian teniendo en cuenta el punto en el que se encontraban las trayectorias sociolaborales de las entrevistadas en el momento de comenzar a trabajar en el comedor. Así nos encontramos que en un caso esta tarea comunitaria representó una “solución” frente a un largo período de desocupación. La trayectoria de *Betina* es la de una mujer con un pasado de trabajadora fabril que luego de años de inactividad (primero elegida y luego contextualmente signada) encuentra en el comedor un ámbito sociolaboral posible. En el caso de *Claudia*, la inactividad casi su relación con el mercado laboral de toda su vida. Ella encuentra en el comedor su primer empleo. Para *La Colorada* (comerciante) la desocupación es reciente.

A primera vista, se podría afirmar que el comedor comunitario como formación sociolaboral opera como una suerte de “catch-all”. Es decir que contiene a personas con independencia de su trayectoria sociolaboral, y cuyo punto en común sería la necesidad de un ingreso. Como vimos en el primer apartado, las poco desarrolladas calificaciones requeridas para desarrollar tal actividad (cocinar, limpiar, etc.) apoyarían esta visión. Sin embargo el costado mas biográfico de las entrevistas deja entrever algunos aspectos que hacen de este tipo de actividades algo específico. Que al tiempo ofrece oportunidades de ingreso presupone cualidades personales diferenciadas. Y aquí la especificidad puede ser entendida de dos maneras: primero como una forma de entender la presencia de estas mujeres en este comedor puntual; y segundo como forma de postular las características que hacen del comedor comunitario un tipo específico de actividad sociolaboral.

Primera especificidad

Ahora bien, la primera especificidad no es tal si se enmarca este estudio en el enfoque de las “redes de intercambio” o de “redes confianza” como desarrolla por ejemplo Larissa Lomnitz (1974). El ingreso de nuestras entrevistadas a este comedor dependió exclusivamente de sus relaciones personales con las otras integrantes del comedor. Es decir, el ingreso a las tareas del comedor se relaciona con la “posición social” (Lomnitz, 1974) de las entrevistadas. Y al sostener esto no estaríamos sino actualizando para este caso lo que ya se ha desarrollado en otros casos en el contexto disciplinar de la antropología social e incluso anteriormente, la antropología colonial. Analíticamente esto nos llevaría o a dilucidar un circuito de referencias circularmente sostenidas, describiendo la topología de una red de contactos interpersonales; o a optar por registrar la “historia del comedor”. Esta segunda opción es atractiva porque es difícil pensar una actividad comunitaria por fuera de las trayectorias de organización de sus miembros. Y a decir verdad, para entender surgimiento de

este comedor concreto deberíamos ahondar en la historia organizacional (y relacional) del CAS. Algo de esto se hizo en el primer apartado (el comedor) que sin ser exhaustivo nos permite visualizar al menos una larga trayectoria de politización, en la que la conformación de Organizaciones No Gubernamentales (ONG's) es uno de sus aspectos. Sin profundizar sobre este tema, es de remarcar aquí que pensar el CAS como ONG o como "agencia de desarrollo popular" según denomina John Clark (1991) a este tipo de organizaciones "intermediarias", (como "organización piquetera" para decirlo muy rápidamente), nos permite evaluar si la "decisión" de participar de sus miembros implique algún tipo de evaluación del contexto político en el cual está inserto. Incorporando así ya una posible especificidad en los sentidos y motivaciones de sus actores.

En este sentido, lo que se ve a través de la dimensión más íntima de las tipologías, por igual en los tres casos (aunque con distintas valoraciones) es que la participación en esta actividad implicó una "negociación" al interior de la familia. Y en esta negociación se entrelazan dos componentes, a saber. Por un lado, la aceptación/rechazo del entorno familiar a que nuestras entrevistadas se involucren en actividades sensibles a la estigmatización (a la valoración negativa) en tanto que se caracterizan como "políticas". Y por el otro a la aceptación/rechazo a la participación en tareas "fuera del hogar"; esto es una resignificación del rol de las entrevistadas en las estrategias de supervivencia familiares.

Sobre este segundo componente algunos autores (Donatello et Al., 2005; Rauber, 2001) se posicionan para dar cuenta de un amplio fenómeno de resignificación de los roles femenino/masculino al interior del campo popular. El hombre se "desmasculiniza" en tanto que pierde la capacidad de proveer sustento y la mujer adopta un rol más activo como proveedora de recursos. Como nos dijo una entrevistada, la mujer *se pone los pantalones*. Pero este tipo de análisis es recurrente en los estudios sobre los efectos psicológicos de la desocupación y su impacto en el entorno familiar (Kessler, 1997). Y esta mirada sobre la resignificación de roles masculino/femenino, nos remite, a decir verdad, a un contexto analítico más amplio. A procesos sociales de más larga data y extensión. Y su mención aquí no nos permite distinguir si es específico de este fenómeno de comunitarización sociolaboral o si por el contrario solo es también un registro más de procesos más generales. Aún así es de notar que en los relatos de las entrevistadas aparece este "empoderamiento" como una de las virtudes que esta actividad les ofrece: se lo considera un ámbito de realización personal (como se ha visto con especial énfasis en el cuarto apartado). Y se constata también que ha operado en el seno de la familia (y en la autopercepción de las entrevistadas) una revalorización de su posición personal en las estrategias de supervivencia familiares.

Pensemos ahora el otro componente presente en la "negociación" (aceptación/rechazo al carácter político). Como decíamos más arriba observamos una "negociación" en el seno de las familias de las entrevistadas a raíz de la participación en el comedor. ¿Cómo opera la percepción de la pertenencia política del CAS en el sentido que las entrevistadas le atribuyen a la actividad? Es interesante notar que en términos generales el comienzo en la

participación en el comedor opera como un ritual de iniciación política. En donde la dimensión política de esta negociación implica una resignificación de la participación política en sí. Tanto en el seno familiar como del espectro de sus relaciones más amplias (amigas, vecinas, etc.) las entrevistadas reconocen una tensión. Como comentaba una entrevistada: *Me hinchán {en relación a sus familiares} “yyy, te vas ahí...” porque vio que siempre habla la gente, “uh, los que van ahí, es un peligro” pero yo no...{pienso esto} porque sí va a pasar las cosas va a pasar en cualquier lado, puede pasarte en tu casa, en la calle...* El proceso de iniciación en las actividades identificadas como más políticas está enmarcado en un más amplio proceso de reorganización de la experiencia cotidiana. Lo que se observa es un claro registro en las entrevistadas de un antes y después en la percepción sobre la actividad política en general en relación a la experiencia personal:

Entrevistada: *Me parece interesante {participar en reuniones e ir a marchas}, cosa que nunca antes lo hacía... antes de entrar acá, viste, decía no, cómo van a hacer esto, pero desde que entré acá cambié de opinión.*

Entrevistador: *¿Y cómo fue que cambiaste de opinión?*

Entrevistada: *Participando... O sea, yo antes nunca lo hacía, lo veía por televisión, pero entré y cuando entré acá empecé a ir a las marchas, primero pensé que no me iba a gustar, pero después sí.*

Lo que observamos aquí es que para las entrevistadas lo que perciben como en principio como actividad política se refiere casi exclusivamente a los aspectos más fenoménicos y visibles. En este caso la participación en acciones de protesta (marchas, o más vulgarmente “piquetes”) y eventualmente reuniones. Esta percepción contrapone la experiencia propia con la opinión de terceros (inclusive tomando los medios de comunicación como tales). En este caso, la actividad comunitaria que propone la participación en el comedor, incluye dentro del rango de experiencias posibles la concurrencia a tales eventos. ¿Cuánto de estas experiencias políticas son significativas en tanto que definitorias de los alcances y características de las tareas comunitarias que estamos describiendo? Esta pregunta nos permite entrar de lleno a la segunda forma de pensar la especificidad de un comedor comunitario de las características que estamos describiendo.

Segunda especificidad

Es por supuesto impensable separar la percepción individual del contexto de producción social de sentidos. Y sólo en términos analíticos es plausible comprender que el nivel de experiencia individual sobre lo que se considera como “político” sea diferenciable de los procesos políticos y culturales generales en una sociedad dada. Pero como apuntaba Geertz el nexo entre la experiencia individual, lo político y cultural “es extremadamente oscuro y más oscuro es aún el intento de formularlo” (Geertz, [1973] 1995:262). Desde ya partimos de la idea de que “la vida cotidiana se presenta como una realidad interpretada”(Berger y Luckman, [1968] 1984:36). Pero nos preguntamos con Geertz sobre “Cómo realizar un análisis de significaciones que sea a la vez lo

bastante circunstanciado para resultar convincente y lo bastante abstracto para formular la teoría” (Geertz, [1973] 1995:263). La opción metodológica en este trabajo fue recurrir a la entrevista en profundidad como técnica de relevamiento de datos. Y teóricamente poner en tensión esas narraciones obtenidas con la idea de que nuestras entrevistadas recurren como estrategia de supervivencia la participación en un comedor comunitario de tales características; que sería un accesible forma de procurarse ingresos. Forma coherente, si se quiere, con las dinámicas de acceso al ingreso características de los sectores más protegidos: la changa, la búsqueda de un *puchito de acá un puchito de allá*, la inestabilidad y la precariedad laboral, el subempleo, etc. Y en este sentido, tampoco el comedor comunitario sería para sus trabajadoras o participantes algo específico (en términos de estrategia de ingresos). ¿Qué es lo socialmente distintivo entonces de este comedor comunitario?

La actividad comunitaria representa para sus trabajadoras una fuente de ingresos que, si bien magra, *ayuda*; esto es, forma una parte importante de la economía doméstica. En algunos casos incluso, es la única fuente de ingresos. De todas maneras estos ingresos (y fundamentalmente el ingreso monetario proveniente de algún tipo de subsidio estatal) están por debajo de los mínimos promedio del mercado laboral (\$300). El monto, por ejemplo, del plan Jefes y Jefas de Hogar (el más difundido en el país) es arbitrario y anacrónico. Coincidió en el momento de su arranque con la cifra que se suponía hasta finales del 2001 y principios del 2002 como la que delimitaba el ingreso monetario de los hogares pobres. Tal es así que el entonces senador Eduardo Duhalde en ejercicio de la presidencia incluyó como consigna política que “se había terminado con la pobreza en la Argentina”, que “no había más hogares pobres”. Claro está que en el mismo momento de la implementación del plan ya el efecto inflacionario de la salida de la convertibilidad había duplicado esa línea de pobreza. Y hoy para alcanzar esa línea el plan debería multiplicar por cinco su monto.

Queda claro entonces que cualquier estrategia de supervivencia centrada en actividades cuyo ingreso provenga de este tipo de vínculo con el estado y su población está condenada a reproducir las condiciones mínimas de existencia; que en tal caso garantizan (y por que no: incluso en buena hora). La discusión sobre porqué contentarse con esa mera reproducción de las condiciones mínimas de existencia sea el techo que tanto organizaciones como agencias gubernamentales acepten en la práctica como la único posible, es un debate necesario. Debate político que deben encarar principalmente las propias organizaciones y las agencias gubernamentales. Pero si hay algo que puede servir para pensar este sistema de reproducción social es que es fuertemente deficitario: no alcanza.

La pregunta que titula este trabajo (¿Cómo sobreviven las marginadas?) entonces puede ser modificada: ¿Cómo es que los actores se involucran en estrategias de supervivencias cuya más obvia particularidad es su insuficiencia? ¿Por qué se dedican a esto que *ayuda* pero no alcanza? Una posibilidad sería responder esta pregunta pensando que no tienen alternativa, pero sería excesivamente simplista. Otra sería pensando que es la mejor

alternativa posible; pero en ese caso, lo problemático sería definir ese “mejor” (cómo se evalúa). Hagamos un intento en ese sentido.

Para empezar, la complejidad y sensibilidad del tema implican al menos situar metodológicamente este esfuerzo. ¿Qué lectura es posible entonces a través de la técnica de las entrevistas? ¿Cómo tomar los enunciados que son un proceso de elaboración, un puente entre el “mundo de la vida cotidiana” y el “mundo de la ciencia”? Nos viene a la mente una reflexión de Paul Ricoeur: “(...) la volición no es paralela al juicio en cuanto comportamiento característico, son palabras; cuando se construye la volición sobre el modelo de la relación que tienen entre sí las ideas de un tal sobre tal cosa y tal otra, olvidamos un rasgo decisivo de la volición, a saber, que ‘lo que un hombre hace entra dentro de lo que quiere’, sin que pueda decirse de igual modo que lo que hace entra dentro de lo que cree.” (Ricoeur, [1977] 1981, 97). Es decir, quedarnos en la literalidad de la respuesta de los actores o en el recorte teórico para definir estas actividades como un trabajo, implica una reducción de la vasta complejidad que tiene como vértice estas estrategias de supervivencia. Por ejemplo ¿cómo discernir si nuestras entrevistadas “realmente” creen que estas tareas son un “trabajo”? Como se puede ver subyace aquí una cuestión epistemológica, teórica y ética que no permite fácilmente licuar esa complejidad en términos de manipulación de enunciados de los actores. Teóricamente para Goffman (1974) la falsedad o “veracidad” de la creencia dependerá del resultado de la acción. Una “fabricación” (de creencias) podrá presentar quiebres en función de su capacidad de definir una situación dada, de modo tal que le no provea al individuo una acertada evaluación de tal situación. Pero el riesgo metodológico de adoptar esa forma de validar la percepción sería caer en la construcción de lo social “como un espectáculo ofrecido a un observador que toma un punto de vista sobre la acción”; espectáculo “destinado únicamente al conocimiento”; reducido a “intercambios simbólicos” (Bourdieu, [1980] 1991:94). Ricoeur apuntaría que sería la: “decisión metodológica de no conocer la experiencia sino sus enunciados públicos [que] implica el olvido de la cuestión de lo originario, la obliteración de la cuestión del origen del sentido.” (Ricoeur, [1977] 1981, 98)

La solución bourdiana a este riesgo metodológico es el retorno a lo que él llama “la dialéctica del *opus operandum* y el *modus operandi*”.

“Los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen *habitus*, sistemas de *disposiciones* duraderas y transferible, estructuras estructuradas predispuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos.” (Bourdieu, [1980]1991:92)

Intentar entonces una descripción sobre por qué se recrean este tipo de estrategias de supervivencia (o cómo se evalúa ese “mejor”) nos obliga a referirnos a las condiciones de existencia de tales prácticas. Esto es, como ya dijimos siguiendo a Grassi, la “estaticidad” de la cuestión social; las políticas

públicas. Sin internarnos aquí en un análisis de la trayectoria de la política pública argentina, podemos al menos postular que éstas en general no necesariamente presupongan la “mejor” respuesta a la “cuestión social”. Pensar la actual política social (fundamentalmente basada en planes asistenciales) como la solución a la amplia degradación de la capacidad de reproducción de la vida cotidiana (una definición posible de “cuestión social”) es un absurdo y una entelequia: de hecho, como vimos, no fueron creadas para ello. ¿Es posible pensar que la subvención estatal directa (vía por ejemplo los FOPAR) o indirecta (vía los planes asistenciales) que de alguna manera posibilitan que algunas organizaciones intermedias recreen estos espacios comunitarios de trabajo sean al menos un efecto que (aunque no buscado) implique una “novedad” a futuro?

Ese “mejor”, entonces puede ser pensado a través de dos preguntas: ¿Qué recompongan algo de aquella trama asociativa centrada en el mundo de la sociabilidad laboral? ¿O es que esta forma de institucionalización de la cuestión social será de aquí en más la única posible? Coincidimos con la visión cínica al respecto: “lo verdaderamente nuevo de la actual matriz económica, social y política del capitalismo argentino es la legitimación del derecho social a contar con un trabajo informal, precario y no registrado, el derecho a vivir en la pobreza y ser pobre de otros derechos, el derecho a la marginalización económica y política, el derecho a reclamar y competir por beneficios o compensaciones especiales, el derechos a obtener tales beneficios en tanto se sigan las reglas de la negociación legal y el confinamiento inofensivo.”(Salvia, 2005).

En este contexto de empleabilidad, la elección de desarrollar estas tareas de supervivencia están limitadas al marco general de distribución del ingreso a nivel nacional. Son actividades precarias y precarizantes. Pero lo que interesa aquí es que desde la perspectiva de los actores esas actividades representan mucho más que una forma de procurarse ingresos. En cierto sentido, se ha abusado de razonamientos al estilo de que estas tareas están hechas para desocupados. Que son los desocupados los que naturalmente las encarnan. Y a partir de allí entender estas organizaciones comunitarias o como aprovechadoras del desamparo o como única salida al desamparo. Pero, **primero**, hemos establecido la posibilidad de construir trayectorias sociolaborales más complejas. En donde género, migración, contexto familiar e historia laboral configuran múltiples trayectorias de vida. Aquí hemos tipologizado las mismas pivotando sobre la relación con el mercado laboral. Distinguiendo al menos tres trayectorias: desocupación prolongada, primer empleo tardío y retorno al mercado laboral luego de años de inactividad.

Por supuesto que nos referimos a poblaciones con fuertes necesidades, con carencias socioeconómicas específicas, “desafiliadas” (Castel, 1997). Pero, **segundo**, desde los relatos recogidos la búsqueda de satisfacción de esas necesidades ceden lugar a los discursos que apelan a la palabra *familia* para designar la relación con los miembros del grupo de trabajo. Vimos que las historias personales construyen al menos un paralelo de importancia entre la necesidad económica y la búsqueda de constitución de un entorno que sea afectivamente contingente.

Les preguntamos a las entrevistadas si buscaban otro trabajo. Una de ellas nos respondió:

“...a mi me había salido otro trabajo, ¿viste? Y le dije que yo los lunes no podía ir, que tiene que ser de martes a viernes. Yo te digo, esto no...no lo dejaría porque... me gusta.”

Interpretamos este tipo de alocuciones con cierta conciencia en la importancia de la sensación de pertenencia a grupos secundarios; que posibilitan vínculos psicosociales. También somos conscientes que algunos sectores políticos en nuestra sociedad pueden creen encontrar en los vínculos entre el estado, las organizaciones civiles y los beneficiarios cierta perversidad inherente a una concepción estigmatizante del pobre. Pueden creer (como dijera públicamente, entre otros el obispo Casaretto al diario Clarín el 20 de noviembre del 2003) que “los planes fomentan la vagancia”. Y pueden leer una afirmación como la que acabamos de extraer de una entrevistada como la demostración de que “prefieren cobrar un plan antes que ir a trabajar”. Señalan otros autores:

“El plan social se constituye en un definidor de identidades negativas, porque es la mirada de los otros (generalmente hecha propia) la que dice que “no es un trabajo”, o que ese trabajo “no sirve”, “no se ve”. Miradas que marcan y estigmatizan a los poseedores de los planes sociales.” (Donatello et Al., 2005)

La estigmatización de la figura del “beneficiario” forma parte de un proceso político en el cual un componente es la disputa por los recursos público (Masseti, 2005) que encarnan distintos actores. Pero también, especialmente desde el 2003, como parte de un intrincado proceso de resignificación del contrato de institucionalización de la cuestión social presente en la política pública de carácter focal en nuestro país. Como apunta Manzano: “(...) las tácticas estatales de clasificación e identificación de la población trabajan sobre el sentido del *self*. Esto se expresa entre otras cosas en las narrativas de los sujetos que enfatizan aquellos aspectos de sus modos de vida que los acreditan como beneficiarios de programas estatales.” (Manzano, 2001:12)

Acuña y Repetto sostienen:

“La estrategia focalizadora fue aceptada por los principales actores involucrados en el combate a la pobreza, no obstante lo cual su papel se desdibuja cuando se observa la evolución creciente de los índices de pobreza y desigualdad. Asimismo, y al decir de Garretón: ‘El asistencialismo y la focalización, pese a los avances significativos de esta última, generaron también un cambio cultural en la visión desde el Estado y la sociedad respecto a los pobres. Estos se transformaron de ‘sujetos’ de políticas sociales (con mecanismos de procesamiento de sus demandas y en algunos casos con mecanismos de participación) en ‘beneficiarios’ de políticas focalizadas’. Por otro lado, la heterogeneidad de la pobreza puede agravarse con la aplicación de este tipo de prácticas, toda vez que se favorece a unos pobres en detrimento de otros pobres (cf. Vilas, 1997).” (Acuña y Repetto, 2001:11)

La insistencia en la figura de la contraprestación (la que podría poner la tarea comunitaria en la problemática temática de lo laboral) responde a un indiscrutable intento de recontratar el rol de la política pública en nuestro país. ¿Que sentido tiene exigir discursivamente la “laboralización” de estas prácticas sociales a sabiendas del impacto negativo sobre el mercado laboral que tienen las condiciones en las que generan? ¿Qué sentido tiene generar nuevos planes y programas sociales centrados en la formalización de exigencias de “inversión de fuerza de trabajo” por parte de los beneficiarios a sabiendas que las condiciones en las que se “compra” esa fuerza de trabajo son altamente negativas sociolaboralmente? ¿Por qué introducir expectativas inalcanzables (la idea misma de trabajo) a sabiendas que el rol de tales políticas públicas no apunta en tal dirección? La respuesta a estas preguntas es meramente política y deviene del contexto institucional actual de la Argentina.

Pero, **tercero**, también esto entraña una tensión finalmente filosófica. Entendible solo si concebimos al hombre a imagen y semejanza de su capacidad racional (baeysiana) de evaluar costo-beneficio monetario (suponiendo que el trabajo ofrecido sea realmente una ventaja). ¿Donde se observa lo comunitario? Esta pregunta nos remite a las motivaciones expresas de sus actoras. Sea objeto de la perspectiva de género o de la iniciación política, la integración en las tareas comunitarias son un acontecimiento al interior de las familias, un proceso de resignificación. Es una práctica que como componente de una estrategia de supervivencia familiar implica mucho más que la persecución de un mero fin instrumental. Esto es, implica mucho más que una forma alternativa de obtención de ingresos. Esta última observación nos permite pensar la segunda especificidad (lo que refiere al rol social de las tareas comunitarias) partiendo de una ecuación que no entienda la estrategia de supervivencia como una mera “lucha por la vida” (Olson, 1965). Por el contrario este tipo de estudio que aquí propusimos, permite plantear al menos la necesidad de pensar las relaciones sociales como una trama compleja de racionalidades: siguiendo la tradición de las escuelas sobre los movimientos sociales (Masseti, 2004b); racionalidades instrumentales, expresivas y afectivas. O siguiendo la lectura foucaultiana de la amistad epicúrea: “no recibimos tanta ayuda de parte de los amigos como de la confianza con respecto a esta ayuda” (Foucault, [1982] 2002:193). O si nos aproximamos a este tema desde la perspectiva de las teorías del intercambio (en especial a las se centran en el intercambio como un sistema simbólico-material como Malinowski, Mauss o Polanyi) el flujo del intercambiar en si mismo abarca todo lo referente a una interacción social; incluso abarcando afectividades.

Pero, ¿Qué es lo que creen las entrevistadas? ¿Cómo ven el futuro? Y más aún ¿Cuanto tiene que ver ese comedor en ese futuro que vislumbran? Sus palabras resuenan con el epígrafe que comienza este texto:

“Este comedor tiene mucho que ver, más aún los integrantes, ¿no? Porque pienso que si vos tenés un grupo y todos van parejo... no vamos a pretender que todos piensen lo mismo, pero si todos ponemos un granito de arena puede llegar a ser un gran comedor. Es lo que siento yo.”

Bibliografía

Acuña, Carlos y Repetto, Fabián (2001). La Política Social del Gobierno Nacional: Un Análisis Político-Institucional. Observatorio social SIEMPRO-UNESCO.

Auyero, Javier. (2001) La política de los pobres. Buenos Aires: Manantial.

Beck, Ulrich.(1989) ¿Qué es la globalización? Barcelona: Paidós.

Berger, Peter y Luckman, Thomas [1968] (1984). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Blau, Peter [1964] (1982), *Intercambio y poder en la vida social*. Barcelona: Hora.

Bourdieu, Pierre (1980), *El sentido Práctico*. Madrid: Taurus.

Castel, Robert (1997), *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires: Paidós.

Clark, John (1991), *Democratising development: The role of voluntary organizations*, Londres: Earthscan.

Corcuff, Philippe (1998), *Justification, stratégie et compassion : apport de la sociologie des régimes d'action*, Bulletin d'information scientifique de l'institut de recherche sur le maghreb contemporain, Tunes, nº51, junio 1998.

Donatello, Luis Miguel; Giménez Beliveau, Verónica y Setton, Damián (2005). Trayectorias socio-religiosas en contextos de vulnerabilidad: jefas de hogar perceptoras de planes sociales en un barrio de San Francisco Solano. En: Mallimaci, F. y Salvia, A. "Los nuevos rostros de la marginalidad", Buenos Aires: Ed. Biblos.

Durkheim, Emilio [1895] (1968). *La división del trabajo social*. Buenos Aires: Alianza

Elías, Norbert (1989), *El proceso de la civilización*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Forni, Floreal (2002). Pobreza y territorialidad. En: " De la exclusión a la organización", Floreal Forni comp. Buenos Aires: Ciccus

Foucault, Michel [1984] (2002), *La hermenutica del sujeto*. Buenos Aires: FCE.

Geertz, Clifford [1973] (1995), *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

Goffman, Erving [1974] (1986). *Frame Analysis*. Boston: Northeastern University Press.

Grassi, Estela (2004), *Problemas de la teoría, problemas de la política. Necesidades sociales y estrategias de política social*. En: Laboratorio/n line Revista de Estudios Sobre Cambio Social año IV . número16 . verano 2004 - ISSN : 1515-6370 -

Guimenez, Sandra (2004), *Políticas sociales y los dilemas de la participación*. En: Laboratorio/n line Revista de Estudios Sobre Cambio Social año IV . número16 . verano 2004 - ISSN : 1515-6370

Isla, Alejandro et Al, (2002). *Parando la Olla*. Buenos Aires: Norma.

Isla, Alejandro (2002) *Los usos políticos de la identidad. Indigenismo y Estado*. Buenos Aires: Editorial de las ciencias.

Kessler, Gabriel (1997). *Algunas implicancias de la experiencia de la desocupación para el individuo y su familia*. En: "Sin trabajo", Beccaria y Lopez (comp), Buenos Aires: Lozada.

Lévi-Strauss, [1958] (1972), *Antropología Estructural*. Buenos Aires: FCE.

Lewis, Oscar (1968) *A study of culture: backgrounds for La Vida*. New York: Random house.

Lomnitz, Larissa (1974), *¿Cómo sobreviven los marginados?* Mexico:Siglo XXI.

Malinowski, Bronislaw [1922](1973), *Los argonautas del Pacífico occidental*. Buenos Aires: Planeta-Agostini

Mallimachi, Fortunato y Graffigna, María Laura (2002) *Constitución de redes y movimientos sociales solidarios como estrategia de satisfacción de necesidades*. En: Floreal Forni compilador "De la exclusión a la organización", Buenos Aires:Ciccus

Manzano, Virginia (2003), *Piqueteros y beneficiarios: modalidades de acción sociopolítica y porceso de construcción identitaria*. (mimeo)

Masseti, Astor (2003). *De cortar la ruta a transitar la ciudad*. Programa de Antropología Política y Social. FLACSO. Documento de trabajo N°2. AR-FLACSO/15325. 43 páginas.

Masseti, Astor (2004a). *Piqueteros: Acción de protesta e identidades colectivas*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias. ISBN 987-20200-8-6

Masseti, Astor (2004b). *¿Protesta social o lucha de clases?* Revista Lavboratorio N°15. IIGG, FSOC, UBA. ISSN : 1515-6370 pp 20-27

Masseti, Astor (2005). *La pobreza como disputa política*. En: Mallimaci, F. y Salvia, A. "Los nuevos rostros de la marginalidad", Buenos Aires: Ed. Biblos.

Mauss, Marcel (1924), *El Don*. Madrid:

Meklen, Denis.(2002). *Un pobre es un pobre*. Buenos Aires: Revista de trabajo social.

Merklen, Denis.(1991) *Asentamientos en La Matanza*. Buenos Aires: Catálogos.

Merklen, Denis.(1999) *La cuestión social al sur desde la perspectiva de la integración*. París : Forun Culture et Developpement (BID).

Merklen, Denis.(2002a) *Le quartier et la barricade*. Paris :Atelier Argentine, CEPREMAP, Ecole Normal Superiore de Paris.

Merklen, Denis (2002b). *Entre le ciel et terre*. Cahier des ameriques latines. N°41.

Merklen, Denis.(2004) *Sobre la base territorial de la movilización popular*. En: Lavboratorio/n line Revista de Estudios Sobre Cambio Social año IV . número16 . verano 2004 - ISSN : 1515-6370

Nancy Scheper-Hughes (1997), *La muerte sin llanto*. Madrid: Taurus

Olson, Marcur (1965). *The logic of collective action*. Massachusetts: Harvard University Press.

Rauber, Isabel (2002). *Mujeres piqueteras: el caso de Argentina*. Geneve: Cahiers Genre et Development, N°3

Ricoeur, Paul [1977] (1981).*El discurso de la acción*.Madrid: Cátedra.

Rosanvallon, Pierre (1995). *La nueva cuestión social*. Buenos Aires: Manatíal.

Rousseau, Jaques[1761](1985). *El contrato social*.Buenos Aires : Sarpe.

Salvia, Agustín (2005) *Crisis del empleo y nueva marginalidad: el papel de las economías de la pobreza en tiempos de cambio social*. En: Mallimaci, F. y Salvia, A. "Los nuevos rostros de la marginalidad", Buenos Aires: Ed. Biblos.

Schuster, Federico y Scribano, Adrián.(2001) *Protesta social en la Argentina de 2001*. OSAL, Septiembre de 2001.

Schutz, Alfred (1967). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires:Amorrortu.

Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián.(2003) *Entre la ruta y el barrio*. Buenos Aires: Biblos.

Tarrow, Sydney.(2000) *El poder en movimiento*. Madrid: Alianza

Tilly, Charles y Shorter, Edward [1974] (1985). *Las huelgas en Francia (1830-1968)*. España: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Tilly, Charles.(2000) *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial.

Torres, Pablo.(2002) *Votos, Chapas y Fideos*. Buenos Aires: De a campana.

Trotta, Miguel (2004), *Las metamorfosis del clientelismo político*. Buenos Aires: Espacio.

Verbitsky, Bernardo (1957), *Villa Miseria también es América*, Buenos Aires: Kraft